

Introducción a la semana

Las anteriores lecturas del Éxodo nos dejaron a los israelitas saliendo de Egipto. No iba a ser fácil esa escapada. El faraón reaccionó pronto organizando una persecución para recuperar la "mano de obra" barata que estaba a punto de desaparecer. Los hebreos temieron ser presa del ejército enemigo y se quejaron a Moisés de haberlos sacado del lugar seguro en que habían vivido tanto tiempo. Sólo él confiaba plenamente en la fidelidad de Dios a su promesa, que se reveló, una vez más, favorable a su pueblo, haciéndolo atravesar victorioso el Mar Rojo y hundiéndolo en él a las huestes del faraón.

Pero cuesta confiar cuando la realidad es hostil. Nueva protesta del pueblo por falta de pan y de carne, añorando las ollas de Egipto (y olvidando que sus comidas de entonces las hacían estando sometidos). Y nueva demostración de la presencia providente de Dios al procurarles alimento suficiente. Haciendo balance del tiempo transcurrido por el desierto, el Señor les recuerda su solicitud por ellos y les propone un pacto que parecen aceptar de buena gana: se comprometen a observar los preceptos del Decálogo (los diez mandamientos) que Dios les dicta a través de Moisés. La alianza se ratifica y se sella con sangre. ¿Sabrán ser fieles a ese compromiso, como lo es Dios siempre al suyo?

Jesús tampoco lo tiene fácil con los que le escuchan y le piden signos evidentes de su misión entre ellos. El signo definitivo –todavía futuro– no será otro que su resurrección. Sólo convencerá a quienes desde ahora acojan con sencillez su palabra –expresada en imágenes (en parábolas)–, que les irá revelando progresivamente los secretos del reino.

Celebramos en estos días a una de las discípulas de Jesús que más cerca estuvieron de él: María Magdalena. Amó profundamente al Maestro, estuvo presente en los momentos más decisivos de su vida y fue testigo privilegiado de su resurrección, anunciándola por mandato suyo a los demás discípulos.- Y recordamos también a santa Brígida de Suecia (s. XIV), que después de educar a sus ocho hijos se consagró a Dios, recibió unas excepcionales revelaciones místicas relacionadas con la renovación de la Iglesia y la sociedad de su tiempo y fue declarada por Juan Pablo II patrona de Europa.

Lun

18

Jul

2011

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Creo en ti, Señor, pero aumenta mi fe.”

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 14,5-18

En aquellos días, comunicaron al rey de Egipto que el pueblo había escapado, y el faraón y sus servidores cambiaron de parecer sobre el pueblo y se dijeron:

«¿Qué hemos hecho? Hemos dejado escapar a Israel de nuestro servicio».

Hizo, pues, preparar un carro y tomó consigo sus tropas: tomó seiscientos carros escogidos y los demás carros de Egipto con sus correspondientes oficiales.

El Señor hizo que el faraón, rey de Egipto, se obstinase en perseguir a los hijos de Israel, mientras éstos salían triunfantes.

Los egipcios los persiguieron con todos los caballos y los carros del faraón, con sus jinetes y su ejército, y les dieron alcance mientras acampaban en Piajjrot, frente a Baalsefón.

Al cercarse el Faraón, los hijos de Israel alzaron la vista y vieron a los egipcios que avanzaban detrás de ellos, quedaron sobrecogidos de miedo y gritaron al Señor.

Dijeron a Moisés:

«¿No había sepulcros en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto?; ¿qué nos has hecho sacándonos de Egipto? ¿No te lo decíamos en Egipto: "Déjanos en paz y serviremos a los egipcios; pues más nos vale servir a los egipcios que morir en el desierto"?».

Moisés respondió al pueblo:

«No temáis; estad firmes, y veréis la victoria que el Señor os va a conceder hoy: esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros esperad tranquilos».

El Señor dijo a Moisés:

«¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco. Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes».

Salmo de hoy

Ex 15,1-2.3-4.5-6 R/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria

Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria,
caballos y carros ha arrojado en el mar.
Mi fuerza y mi poder es el Señor.
Él fue mi salvación.
Él es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré. R.

El Señor es un guerrero,
su nombre es «El Señor».
Los carros del faraón los lanzó al mar,
ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes. R.

Las olas los cubrieron,
bajaron hasta el fondo como piedras.
Tu diestra, Señor, es magnífica en poder,
tu diestra, Señor, tritura al enemigo. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 12,38-42

En aquel tiempo, algunos escribas y fariseos dijeron a Jesús:
«Maestro, queremos ver un signo tuyo».

Él les contestó:

«Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra.

Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.

Cuando juzguen a esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que la condenen, porque ella vino desde los confines de la tierra, para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Nos has traído a morir en el desierto”

En el pasaje del Éxodo de hoy se nos relata algo que, de una manera u otra, aparece en toda la historia de la salvación, también en los tiempos cristianos de la Nueva Alianza. Las quejas de los seguidores de Yahvé al cumplir sus indicaciones y verse, sin embargo, rodeados de algún peligro. Mejor no haber hecho caso a Yahvé. Fue Yahvé, por mediación de Moisés, quien sacó al pueblo judío, a su pueblo, del país de Egipto para liberarle de la esclavitud que padecía. Sin embargo, ahora se encuentra en el peligro de ser aplastado y masacrado por el potente ejército egipcio. Y claman contra el Señor. “Nos has traído a morir en el desierto; ¿qué es lo que nos has hecho sacándonos de Egipto? Déjanos en paz y serviremos a los egipcios”.

Los cristianos, en algunas encrucijadas de nuestra vida, presentamos ante Dios quejas parecidas. El mismo Jesús, en el momento supremo de su muerte en cruz, se quejó ante su Padre: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. Pero sabemos que nuestro Padre Dios ni al pueblo judío en el desierto, ni a los cristianos en nuestras andaduras, ni a su Hijo Jesús... nos abandona. Está siempre con nosotros, también en los momentos de oscuridad y desolación... y aunque no siempre cumpla nuestros deseos, cumple siempre su promesa de sacarnos de este desierto temporal y llevarnos al cielo nuevo y a la tierra nueva donde gozaremos de la felicidad total.

“Queremos ver un milagro tuyo”

Los que no aceptan a Jesús, “un grupo de letrados y fariseos”, los que pertenecen a “esta generación perversa y adúltera”, piden a Jesús un milagro suyo. Sospechamos que con el ánimo de creer en Jesús y todo lo que Él proclama. Jesús, a través de lo que le sucedió a Jonás, alude al milagro de su resurrección. Es la prueba clara de que Dios ha estado siempre con Él. Por eso lo resucitó.

Este pasaje nos sitúa ante el misterio de la creencia y de la increencia. ¿Por qué unos hombres ante el encuentro con Jesús, contemplado todo lo que hizo, escuchando sus palabras... le rendimos gozosos y libremente nuestro corazón y todo nuestro ser: “¡Señor mío y Dios mío!”. Y otras personas, contemplando lo mismo que nosotros, no dan el paso de aceptar a Jesús, cumpliéndose aquello de que “aunque un muerto resucite no creerán”. Un auténtico misterio. Nos desborda y supera. Con profundo agradecimiento, desde lo hondo de nuestro corazón, volvamos a decir a Jesús: “Creo en ti, Señor, pero aumenta mi fe”.

Fray Manuel Santos Sánchez O.P.



Mar

19
Jul

2011

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto ”

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 14, 21 — 15, 1

En aquellos días, Moisés extendió su mano sobre el mar, y el Señor hizo retirarse el mar con un fuerte viento del este que sopló toda la noche; el mar se secó y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar, en lo seco, y las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron u entraron tras ellos, en medio del mar: todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes.

Era ya la vigilia matutina cuando el Señor miró desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios y sembró el pánico en el ejército egipcio. Trabó las ruedas de sus carros, haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron: «Huyamos ante Israel, porque el Señor lucha por él contra Egipto».

Luego dijo el Señor a Moisés:

«Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes».

Moisés extendió su mano sobre el mar; y al despuntar el día el mar recobró su estado natural, de modo que los egipcios, en su huida, toparon con las aguas. Así precipitó el Señor a los egipcios en medio del mar.

Las aguas volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del Faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó.

Más los hijos de Israel pasaron en seco por medio del mar, mientras las aguas hacían de muralla a derecha e izquierda.

Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de Egipto, e Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Vio, pues, Israel la mano potente que el Señor había desplegado contra los egipcios, y temió el, pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo.

Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor.

Salmo de hoy

Ex 15,8-9.10.12.17 R/. Cantaré al Señor, sublime es su victoria

Al soplo de tu nariz, se amontonaron las aguas,
las corrientes se alzaron como un dique,
las olas se cuajaron en el mar.

Decía el enemigo: «Los perseguiré y alcanzaré,
repartiré el botín, se saciará mi codicia,
empuñaré la espada, los agarrará mi mano». R.

Pero sopló tu aliento, y los cubrió el mar,
se hundieron como plomo en las aguas formidables.
Extendiste tu diestra: se los tragó la tierra. R.

Introduces a tu pueblo y lo plantas en el monte de tu heredad,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 12,46-50

En aquel tiempo, estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él.

Uno se lo avisó:

«Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo».

Pero él contestó al que le avisaba:

«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?».

Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo:

«Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Reflexión del Evangelio de hoy

En las lecturas de este martes, la liturgia nos propone 2 textos bastante conocidos con una idea común: Dios actúa cuando le dejamos actuar. Si no le dejamos, somos nosotros quien nos cerramos a la acción de Dios rechazando cumplir su voluntad.

En la primera lectura encontramos el famoso c.14 del libro del Éxodo donde se nos describe cómo Yavéh protegió a Israel cuando huía de Egipto haciendo que se abriera el Mar Rojo: "Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto", dicen los egipcios. Esta puede ser la afirmación fundamental de este texto: los páganos (Egipto) han reconocido que Dios está con el pueblo de Israel salvándolo. Yavéh tiene un único propósito: la felicidad de su pueblo. Para ello, Dios camina con el pueblo cuando el pueblo quiere caminar con Él. Dios habla a su pueblo cuando el pueblo quiere escucharle. Este es un ejemplo de cómo Dios sale a nuestro encuentro cuando nosotros nos abrimos a ese encuentro. Pero Yavéh no controla, fuerza a las personas y su libertad; su función no es la de guardián, ni vigilante... Las acciones que realizamos las personas son la puesta en práctica de opciones que hemos tomado. Dios, como vemos en nuestra vida, respeta y colabora en nuestras decisiones, cuando le dejamos colaborar.

En el Evangelio encontramos la paradigmática respuesta de Jesús respecto a su madre y sus hermanos: "Mi Madre y mis hermanos son los que cumplen la voluntad de mi Padre" El tema de voluntad de Dios es quicio en la espiritualidad cristiana. Oímos muchas veces: "Esto es la voluntad de Dios para mí". Pero ¿quién conoce el "querer de Dios"? Para conocer la voluntad de Dios, el Nuevo Testamento nos ofrece una metodología a seguir: nosotros, seguidores de Jesús, hemos de conocer la voluntad de Jesús para saber cuál es la voluntad de Dios. Hemos de hacernos conforme a la voluntad de Jesús. Y esto es hacer la voluntad del Padre. Por ello, el Nuevo Testamento nos habla que en la persona Jesús hay dos vivencias que dan sentido a su vida y acción: el Absoluto de Dios y el Reino de Dios. Esta es, pues, la voluntad de Dios para Jesús: que Él (Dios), y sólo Él sea la razón de pensar, de vivir, de hablar y actuar de toda persona, para que de esa manera se inaugure el Reino de Dios. Teniendo claro esto (que la voluntad de Dios es la voluntad de Jesús y que nosotros somos seguidores de Jesús) cada uno ve en cada momento de su vida como hace de Dios el Absoluto en y cómo pone su propia vida al servicio de la realidad de Reino. Por ello, todo lo que se encuentre fuera de este marco, no es voluntad de Dios... será voluntad propia, del mundo, del superior, del jefe... o de quien sea... pero de Dios no. De ahí, la sentencia clara de Jesús hoy en las lecturas, que no va en contra de su madre ni de sus hermanos, sino que es una aclaración final a todo lo que había predicado con anterioridad: Dios es Padre en el Reino.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Miércoles

20
Jul

2011

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Yo haré llover pan del cielo”

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 16, 1-5. 9-15

Toda la comunidad de los hijos de Israel partió de Elín y llegó al desierto de Sin, entre Elín y Sinaí, el día quince del segundo mes después de salir de Egipto.

La comunidad de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo:

«¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad».

El Señor dijo a Moisés:

«Mira, haré llover pan del cielo para vosotros: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi instrucción o no. El día sexto prepararán lo que hayan recogido y será el doble de lo que recogen a diario».

Moisés dijo a Aarón:

«Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Acercaos al Señor, que ha escuchado vuestras murmuraciones”».

Mientras Aarón hablaba a la comunidad de los hijos de Israel ellos se volvieron hacia el desierto y vieron la gloria del Señor que aparecía en una nube.

El Señor dijo a Moisés:

«He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: “Al atardecer comeréis carne, por la mañana os saciaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor Dios vuestro”».

Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campamento; y por la mañana había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino, como escamas, parecido a la escarcha sobre la tierra. Al verlo, los hijos de Israel se dijeron:

«¿Qué es esto?».

Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo:

«Es el pan que el Señor os da de comer».

Salmo de hoy

Sal 77, 18-19. 23-24. 25-26. 27-28 R. El Señor les dio pan del cielo

Tentaron a Dios en sus corazones,
pidiendo una comida a su gusto;
hablaron contra Dios: «¿Podrá Dios
preparar una mesa en el desierto?» R.

Pero dio orden a las altas nubes,
abrió las compuertas del cielo:
hizo llover sobre ellos maná,
les dio un trigo celeste. R.

Y el hombre comió pan de ángeles,
les mandó provisiones hasta la hartura.
Hizo soplar desde el cielo el levante,
y dirigió con su fuerza el viento sur. R.

Hizo llover carne como una polvareda,
y volátiles como arena del mar;
los hizo caer en mitad del campamento,
alrededor de sus tiendas. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 1-9

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó, y la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló mucho rato en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.

Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron.

Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra sesenta; otra, treinta.

El que tenga oídos, que oiga».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Yo haré llover pan del cielo”

El desierto es visto en la Sagrada Escritura como lugar de tentación; en realidad es un lugar áspero, árido, difícil, de renuncia e incomodidad; para el pueblo judío constituyó la prueba de fe y fidelidad por ambas partes: Dios y el Pueblo.

Israel, constantemente, fue infiel, se rebelaba: “Nos has traído al desierto para matarnos de hambre”, se querellaba contra Moisés y contra Dios. JHWH, el Dios fiel, el que escucha a su pueblo dice: “He escuchado vuestras murmuraciones” responde con su fidelidad: “Haré llover pan del cielo, os saciaréis, comeréis hasta hartaros”, envió también bandadas de codornices, para que el pueblo comiera hasta la saciedad.

Jesús, tomará el mana como símbolo de la Eucaristía, “Mi Padre es quien os da el verdadero Pan del cielo, vuestros padres comieron el maná pero murieron”; “el que coma el Pan que yo daré tiene vida eterna, yo lo resucitaré en el último día”.

“El que tenga oídos para oír que oiga”

Con la parábola del sembrador, el evangelista Mateo, da comienzo a una serie de parábolas pronunciadas por Jesús con una profunda enseñanza, por eso dice: “El que tenga oídos para oír que oiga”, el Evangelio hay que oírlo, no sólo con los oídos corporales, hay que profundizar en su contenido con el corazón. Esta misma expresión la volveremos a escuchar en varios pasajes del Apocalipsis (Cf Ap.2,7).

Jesús parte de una situación concreta, conocida por todos ¿Quién en Palestina no había sembrado o visto sembrar?, para llegar a algo profundo, pasa de una alegoría a una profunda realidad, la semilla es buena, nuestra tierra... ¿Cómo y donde recibe la semilla?, ¿dejamos actuar de modo que de fruto?. La gracia es Don de Dios, pero el hombre, con su buena disposición puede colaborar para dar mucho y buen fruto.

Abramos nuestro corazón a la Palabra y pidamos al Espíritu Santo que actúe en nosotros para hacerla vida y así poder dar el ciento por uno.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Jue

21

Jul

2011

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen”

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 19,1-2.9-11.16-20b:

Aquel día, a los tres meses de salir de Egipto, los israelitas llegaron al desierto de Sinaí: saliendo de Rafidín, llegaron al desierto de Sinaí y acamparon allí, frente al monte.

El Señor dijo a Moisés: «Voy a acercarme a ti en una nube espesa, para que el pueblo pueda escuchar lo que te digo, y te crea en adelante.»

Moisés comunicó al Señor lo que el pueblo había dicho. Y el Señor le dijo: «Vuelve a tu pueblo, purificalos hoy y mañana, que se laven la ropa y estén preparados para pasado mañana; pues el Señor bajará al monte Sinaí a la vista del pueblo.»

Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar. Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios y se detuvieron al pie del monte. Todo el Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en forma de fuego. Subía humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba, y Dios le respondía con el trueno. El Señor bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte, y llamó a Moisés a la cima de la montaña.

Salmo de hoy

Dn 3,52.53.54.55.56 R/. A ti gloria y alabanza por los siglos

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,
bendito tu nombre, santo y glorioso. R/.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria. R/.

Bendito eres sobre el trono de tu reino. R/.

Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos. R/.

Bendito eres en la bóveda del cielo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13,10-17

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?»

Él les contestó: «A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo

los cure." ¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“A los tres meses de salir de Egipto”, los israelitas van a ser testigos de una teofanía que servirá para que Dios presente su Alianza. El pueblo tiene que prepararse y purificarse. Aunque será Moisés quien suba a la montaña al encuentro con Dios, el pueblo oír a Dios. Por eso tiene que estar preparado.

La presencia de Jesús entre nosotros supuso la definitiva teofanía, portadora de la nueva y definitiva Alianza. Jesús, para manifestarnos el rostro del Padre, se sirvió particularmente de parábolas, de tal forma que los discípulos le preguntaron: “¿Por qué les hablas en parábolas?”

La parábola como “siembra a voleo” en la tierra a veces dura de nuestro corazón

“¿Por qué les hablas en parábolas?” Preguntan los discípulos a Jesús. Y éste viene a contestarles: “porque quiero que me entiendan todos; porque no quiero hablar como los escribas y fariseos. Porque quiero servirme de vuestras tradiciones, de vuestras costumbres, de lo que constituye vuestra vida cotidiana para mostraros el rostro de mi Padre y el Reino de Dios. Y –continuarían preguntando los discípulos- ¿por qué, entonces, no te hacen caso? ¿Por qué parece que no te entienden o que no va con ellos? Y Jesús, sin acritud, les dice: porque “oyen, pero no quieren oír; ven, pero no quieren ver”. Porque para entender con el corazón hace falta querer.

Ya Isaías nos había dicho que la Palabra de Dios siempre es eficaz. Y así es en cuanto depende de Dios. Y esto es una garantía para nosotros, ya que siempre es mejor fiarnos de Dios que de los hombres. Pero, la eficacia de esa Palabra puede truncarse cuando no se deja espacio alguno en el corazón humano para acogerla. Siempre la eficacia de la Palabra está dependiendo de la libertad humana y de las distintas actitudes que podemos tener ante ella.

“Dichosos vuestros ojos porque ven. Porque otros, viendo, no ven; oyendo, no oyen”

Dichosos “porque a vosotros se os han dado a conocer los secretos del Reino de Dios; a ellos, sin embargo, no se les ha dado”. Y esto, no porque Dios discrimine de antemano entre “discípulos” y “gente”, sino que la distinta actitud de unos y otros ante Dios y su Palabra les coloca o descoloca en cuanto al conocimiento del Reino se refiere. Las palabras de Isaías, citadas por Jesús, no pueden ser más duras: “Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo; son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”. En cambio, “dichosos vosotros, porque os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros, y no lo vieron, y oír lo que oís vosotros, y no lo oyeron”. Y podía haber añadido Jesús: Y más dichosos todavía los que sin ver con los ojos, crearán con el corazón al través de los siglos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Vie 22 Jul 2011 **Evangelio del día**
Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santa María Magdalena (22 de Julio)

“He visto al Señor ”

Primera lectura

Lectura del libro del Cantar de los Cantares 3, 1-4b

Esto dice la esposa:

«En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma: lo buscaba y no lo encontraba.

“Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma”.

Lo busqué y no lo encontré.

Me encontraron los centinelas que hacen la ronda por la ciudad:

“¿Habéis visto al amor de mi alma?”

En cuanto los hube pasado, encontré al amor de mi alma».

Salmo de hoy

Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9 R/. Mi alma está sedienta de ti, Dios mío

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua. R.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios. R.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos. R.

Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo.
Mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1-2. 11-18

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo:
«Se han llevado del sepulcro al señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:
«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella les contesta:
«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:
«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:
«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:
«¡María!».

Ella se vuelve y le dice:
«¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice:
«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:
«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

La experiencia de la Resurrección de Jesús es la piedra angular de los creyentes, el comienzo de una realidad nueva que provoca el reconocimiento de que el resucitado es el mismo que días antes predicaba y fue crucificado. Los cuatro evangelistas dedican un espacio de sus narraciones para transmitirnos este hecho con una gran insistencia. No sólo con María Magdalena, también con otros personajes bíblicos se repite una historia semejante: Jesús, que al principio no es reconocido como tal, se presenta de forma personal a cada uno de ellos. Más tarde lo hará a toda la comunidad.

María Magdalena reconoce al resucitado en el preciso momento en el que éste pronuncia su nombre: ¡María! No se trata, por tanto, de un encuentro etéreo, sino de un reconocimiento mutuo. Dios, a lo largo de la Biblia, acostumbra a dirigirse a sus hijos pronunciando su nombre, aquél que nos hace únicos, aquél que nos define en lo que somos. Un encuentro que posee el tono del que nos relata el libro del Cantar de los Cantares.

La Resurrección puede convertirse en nosotros en una alegoría, en un dato narrativo más, a menos que estemos dispuestos a aceptar que los ojos de Jesús se dirijan directamente a nosotros y sus labios pronuncien nuestros nombres. En el caso de la Resurrección, somos invitados, reclamados y pedidos para la construcción del Reino. Entonces tenemos la experiencia de contar para Dios, de ser vistos y requeridos por Él. Quizá no haya mayor fortuna para cualquier ser humano que la experimentada cuando otros cuentan con nosotros.

Pero la experiencia de la Resurrección no es sólo un asunto personal, algo que se forja en la intimidad de mi Dios y yo, sino que se sostiene en la misma experiencia personal vivida y compartida con otros, con la comunidad. María Magdalena es enviada de inmediato a sus hermanos para que también ellos busquen la mirada personal del maestro. Jesús, una vez más, lo hace de una forma un tanto paradójica, porque en este caso la que anuncia el gran hecho de la fe es alguien cuyo testimonio carece de credibilidad en la Palestina del siglo primero: una mujer.

Y podemos preguntarnos: ¿no son las mujeres las que a lo largo de la historia han sido y siguen siendo las trasmisoras de la fe en casi todas las latitudes y en la mayoría de las comunidades cristianas? La celebración de la festividad de María Magdalena es el reconocimiento de la predicación y el servicio de tantas mujeres al evangelio. Servicio escasamente reconocido por una historia casi siempre escrita por manos masculinas. Tenemos, sin duda, una gran deuda con ellas.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Santa María Magdalena

Se llamaba Miriam y era de Magdala, una ciudad situada en la orilla Oeste del lago de Galilea, entre Tiberíades —sede de la corte de Herodes Antipas— y Cafarnaúm —centro del ministerio de Jesús—. Su ciudad era una localidad más importante que Cafarnaúm; contaba con una gran flota pesquera y una importante industria de salazón.

María Magdalena fue una de las mujeres que formaban parte del grupo de discípulos de Jesús. Si exceptuamos lo que dicen los Evangelios sobre esta mujer, los datos o noticias históricas sobre ella son casi nulos y, dejando el ámbito de la historia, se entra ya en el de la leyenda. Sólo Celso habla de ella, para tildarla de histérica y minusvalorar así su testimonio de la resurrección. El resto de los escritos que la mencionan son textos que quedaron fuera del canon por su ideología gnóstica o encratita, o bien se trata de escritos disciplinarios eclesiásticos, aunque también nos dan alguna noticia indirecta sobre esta mujer o, mejor, sobre su influencia en los primeros tiempos.

Los Evangelios canónicos son parcos en menciones y datos, pues no hay que olvidar que no son biografías y que además están narrados desde el punto de vista de los varones, lo cual hace que las mujeres sean invisibles, en gran medida, y que sólo sean mencionadas cuando se trata de una excepción o de un caso particular. Pero, a pesar de todo ello, podemos encontrar en los Evangelios una serie de rasgos con los que presentan a esta mujer: discípula, testigo, receptora de la primera cristofanía o aparición del resucitado, mujer relevante entre las mujeres y en la comunidad.

María Magdalena, en los Evangelios Canónicos

María Magdalena aparece en pocos lugares en los Evangelios canónicos, pero tan importantes que definen una serie de rasgos que configuran el perfil de esta mujer. En consonancia con el carácter de narraciones teológicas de los documentos evangélicos, éstos no nos dan de ella, ni de otros discípulos, datos que a nosotros nos gustaría saber, pero que ellos no consideraron importantes para su finalidad.

1. Los Evangelios son unánimes en **presentarla como discípula**, y para ello utilizan dos verbos característicos de discipulado: seguir (akoloutheó) y servir (diakoneó) (Mc 15, 41; Mt 27, 55; Lc 23, 49).

María Magdalena se había encontrado con Jesús en Galilea, por allí le siguió y le escuchó, le observó y aprendió, convirtiéndose así en testigo cualificada de su enseñanza y de su actuación. Aprendió cómo era ese Dios del que Jesús hablaba en términos masculinos y femeninos en sus parábolas; aprendió y vivió, en el grupo de Jesús, los nuevos valores que éste proponía para que guiaran la vida y las relaciones entre las personas, entre éstas y Dios; también asistió a las curaciones, signos de la llegada del reinado de Dios, efectos de su presencia humanizadora manifestada en Jesús.

Como parte del grupo de discípulos y discípulas acompañó, por pueblos y aldeas, a Jesús en su proclamación de la llegada del reinado de Dios como buena noticia de salvación y liberación, de humanización plena para todas las personas, pero especialmente para los pobres y oprimidos, para los sin honor y los despreciados. Buena Noticia que ella misma pudo experimentar y proclamar existencialmente, pues había sido tratada como persona con posibilidad de optar y decidir, y al ser liberada de los esquemas estrechos en que las normas socio-religiosas del momento encasillaban a las personas, y de una forma especial a las mujeres. El encuentro con Jesús había transformado su vida.

Es bastante probable que el dato de Lucas (8, 2), sobre su calidad de endemoniada curada por Jesús, sea un elemento redaccional propio de Lucas (el final de Marcos, donde también aparece este dato, es del siglo II y ha sufrido ya la influencia de los Evangelios canónicos). Pero si fuera un dato histórico, sin duda estaría aludiendo a una liberación experimentada por ella, en contacto con Jesús, respecto a los poderes y estructuras opresivas y deshumanizantes que los demonios encarnaban. En concreto, las mujeres (junto a los varones fuertemente oprimidos) eran especialmente vulnerables a las posesiones y ello debido a las relaciones opresivas que vivían en el grupo familiar, fruto de las normas y valores culturales que regían la vida y las relaciones, y que eran especialmente opresoras para ellas. Las posesiones eran un mecanismo inconsciente de protesta, el único posible, pues, al ser indirecta la queja, no conllevaba un castigo, pero tampoco la solución definitiva del problema, ya que el sistema no se sentía aludido en su responsabilidad.

En cuanto a lo que implicaba su discipulado hay diferentes interpretaciones. Algunos exegetas piensan que las mujeres que seguían a Jesús eran una especie de grupo encargado de la intendencia, pero no hay datos que apoyen semejante conclusión. Es cierto que Lucas dice que estas mujeres servían a Jesús «con sus bienes» (8, 3), pero este término, que es propio de Lucas, es utilizado por él para proyectar en estas primeras discípulas la imagen y el comportamiento deseado para las mujeres adineradas y mecenas de su comunidad. Sin embargo, cuando el verbo «servir» (diakoneó) es utilizado por los demás evangelistas para definir el seguimiento o discipulado de María Magdalena y las otras, no hay ningún indicio de que haya que entenderlo diferenciado por género. El hecho mismo de la admisión de mujeres al discipulado y al aprendizaje era ya una actitud contracultural; y los valores que Jesús propuso para su grupo: revisión del concepto del honor, crítica radical de las jerarquías, hermandad igualitaria e inclusiva, hablan de la oportunidad de entender el discipulado de las mujeres como algo diferenciado en función del género.

2. Otro rasgo con el que es presentada María Magdalena en los relatos evangélicos es el de **testigo**. Junto con sus compañeras asiste a la muerte de Jesús y a la suerte que corre su cuerpo (Mc 15, 40-47; Mt 27, 55-61; Lc 23, 49-56; Jn 19, 25).

Aquella primavera, María Magdalena subió a Jerusalén con Jesús y el resto del grupo para celebrar la pascua sin saber que iba a ser la última. Una vez en la ciudad, los acontecimientos se precipitaron y ella asistió a la oposición creciente de las autoridades religiosas respecto a Jesús. Aquellos días y lo que en ellos sucedió, junto a lo que había vivido en Galilea, hicieron de ella una testigo cualificada para los que más tarde iban a confesar a Jesús como el que había de venir. Ella, junto a las otras mujeres del grupo, siguió a Jesús camino de Calvario y permaneció en el lugar de la ejecución —confundida entre la gente, quizá disimulando su rabia, su impotencia y su profundo dolor.

Ella asistió a las últimas horas agónicas de Jesús; testigo silenciosa, junto a las demás, y en ausencia de los discípulos varones que habían optado por alejarse del lugar, permaneció hasta el final, continuando el seguimiento que había iniciado en Galilea. Cuando Jesús expiró no abandonó el lugar hasta saber qué pasaba con el cuerpo del Maestro. Las mujeres dan mucha importancia a los cuerpos. También Jesús la había dado. Cuando supo dónde habían puesto a Jesús volvieron a la ciudad, pensando en volver. Ella, junto a las demás, se convirtió así en testigo de la muerte y sepultura

de Jesús. Irónicamente, las mujeres que no podían ser testigos en la sociedad, se convertían en las únicas con que podía contar la comunidad para recordar las últimas horas de vida de Jesús.

Mucho se ha discutido últimamente si Jesús fue enterrado en un sepulcro o en una fosa común, y si lo fue por amigos o por los mismos soldados. Esta posición tiende a minusvalorar o hacer desaparecer a las mujeres y su papel de testigos, pero esto representaba tal incomodidad que no se entiende cómo no ha desaparecido, a no ser que respondiera a una noticia histórica. Los relatos de la sepultura parecen contener un núcleo histórico en el que se habla de la sepultura de Jesús por un judío, temeroso de la ley, y la presencia en el lugar de las mujeres discípulas que miraban donde era puesto. Entre ellas, fueron dos o tres, estaba María Magdalena. Pero no sólo de la sepultura iba a ser testigo. Algo más importante y trascendental le esperaba.

Debido a su plan literario-teológico, Juan no menciona a las mujeres como testigos de la sepultura, sino que son José de Arimatea y Nicodemo, dibujados por él como los amigos del novio, quienes preparan su cuerpo, de forma regia, para el encuentro con la amada: la comunidad representada por María Magdalena.

3. Según Mateo (28, 9-10) y Juan (20, 14-18), ella es **receptora de la primera aparición del Resucitado**, bien sola o bien con la otra María (Mt). Su persistencia y valentía, nacidas del cariño y de la experiencia existencial de liberación transformadora, le hicieron volver al sepulcro. Lo que se vive en niveles tan profundos de la existencia no se olvida ni desaparece, sino que se transforma y posibilita nuevos horizontes, crea nuevas realidades más allá de fronteras y límites. María Magdalena recibió la aparición del Resucitado, y el conocimiento de que Jesús estaba vivo, de que la muerte no había podido con él y había sido resucitado.

Ni Lucas ni Marcos narran la aparición del Resucitado a esta mujer, debido a sus planes teológicos, pero los cuatro evangelistas son unánimes al ponerla, sola o acompañada, en relación con el conocimiento del acontecimiento pascual. Los ángeles, o los seres celestiales, personifican ese origen divino del conocimiento de que Dios había resucitado a Jesús de entre los muertos y se encontraba en su ámbito (sentado a su derecha»). Lucas no habla de la aparición del Resucitado a las mujeres, y en concreto a María Magdalena, y la razón es que debido a su ideal de comunidad, la primera aparición reconocida debía ser recibida por Pedro, puesto que el ser receptor de una aparición otorgaba autoridad frente a la comunidad. Desde ahí se entiende la adscripción de la primera aparición a Pedro, y luego a los otros varones, en el kerigma oficial de 1Co 15. En los escritos apócrifos aparece con claridad que la primacía en la recepción de la aparición del Resucitado había derivado en una cuestión de autoridad. Sin embargo, el que esas cristofanías o apariciones de Cristo resucitado a María Magdalena se conserven en los Evangelios, a pesar de los problemas que planteaban, tiene un valor histórico y doctrinal muy grande. En el final añadido y tardío de Marcos (16, 9 ss.), se testimonia la ascensión por la tradición de la primera cristofanía a María Magdalena.

4. Otro rasgo con que aparece María Magdalena en los Evangelios canónicos, y que se deriva del anterior, es el de « **receptora de un saber y de una misión** » por parte del Resucitado. El «saber» era comprender, gracias a las experiencias tenidas, lo que había pasado con Jesús, es decir, cómo Dios lo había resucitado y el sheol no había podido con él. Y la misión a la que se siente enviada por el Resucitado es contarlo: Ve y di..., aspecto este que le valió el título de apóstola de los apóstoles. Este rasgo será desarrollado intensamente por los escritos apócrifos, sobre todos aquellos de carácter gnostizante.

5. Otro de los rasgos importantes es el de su **relevancia en la comunidad** y su preeminencia en el grupo de las mujeres. Este rasgo se deduce del lugar en el que es citada cuando se mencionan a las mujeres discípulas. Éstas son citadas en listas, como también se hace con los discípulos varones, y, en la Biblia, el orden de citación refleja la importancia y relevancia de esas personas —mujeres o varones— en y para la comunidad.

María Magdalena aparece siempre citada en primer lugar, excepto en Juan, quien, en la escena al pie de la cruz, la cita en último lugar; probablemente para establecer un nexo narrativo con la escena siguiente que se centra en ella.

La importancia y relevancia de María Magdalena en la comunidad, y en concreto para algunos grupos, aparece reflejada también en los escritos apócrifos y en los de otros escritores eclesiales. Algunos de los grupos que estaban detrás de esos escritos apócrifos apelaban a la autoridad de María Magdalena para justificar sus prácticas y doctrinas, afirmando haberlas recibido de ella, lo mismo que otros apelaban a Pablo, Pedro, u otros discípulos de la primera hora. [...]

Carmen Bernabé Ubieta

Sáb 23 Jul 2011
Evangelio del día
Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santa Brígida (23 de Julio)

“Vivo yo, pero no soy yo...”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 2, 19-20:

Hermanos:

Yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios.

Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.

Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

Salmo de hoy

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-11 R/. Bendigo al Señor en todo momento

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulte al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligid invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R.

El ángel del Señor acampa en torno quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Reflexión del Evangelio de hoy

La liturgia nos presenta hoy la fiesta de Sta. Brígida de Suecia, a quien el Sumo Pontífice Juan Pablo II declaró Patrona de Europa. Fue una mujer extraordinaria que puede ser modelo para todas las mujeres porque siendo muy joven se casó, y formó una familia ejemplar (una de sus hijas, Catalina, se la venera como santa). Al morir su esposo intensificó su vida de piedad y fundó una Orden religiosa. Escribió muchas obras en las que narra sus experiencias místicas. El libro de las Horas nos ha conservado unas oraciones a Cristo Salvador, que rezuman alabanza y bendición, mientras contempla los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección. Ciertamente ella experimentó lo que dice San Pablo:

“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí.”

El Apóstol en su carta a los Gálatas proclama lleno de gozo una realidad que ha descubierto desde su fe en el Hijo de Dios: “Cristo me amó y se entregó por mí”. Todos podemos repetirlo a los pies del Crucificado, el acercarnos al Banquete Eucarístico, y desear que sea una realidad lo de “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”, en medio de la alegría y del dolor. Entonces podremos repetir con el salmista: “Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca”.

“La gloria del Padre está en que demos fruto abundante.”

Jesús es la vid que el Padre ha plantado en la tierra. Sus discípulos, los que creen en Él, son los sarmientos destinados a dar copioso fruto, si permanecen en Él, que hunde sus raíces en el misterio infinito del Padre, que no es otra cosa que Amor. Sólo el amor de Dios es fecundo. Nuestra

respuesta tiene una expresión: estar totalmente consagrados a la voluntad de Dios, hacer de sus mandamientos un camino de amor. Sólo así se vive una experiencia de gozo saturado de amor. Pero esto exige una poda que el Padre realiza en el día a día, a través de sus planes que hemos de aceptar con fe y docilidad, a pesar de nuestras limitaciones y debilidades, que nos frenan y desaniman, con el recurso a la oración, lo podemos todo y glorificamos al Padre.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Santa Brígida

Brígida de Suecia había nacido en Finstad, cerca de Upsala, en el seno de una familia aristocrática y tuvo que casarse a los 14 años, por imposición de su padre con un militar fuerte y elegante, Ulf Gudmarsson, con quien vivió feliz y tuvo ocho hijos, a los que dio una esmerada educación, y entre ellos esta Santa Catalina de Suecia. Además de cuidar de todos ellos, todavía le quedaba tiempo para dedicarse a las obras de caridad con los necesitados en un hospital que había erigido con su marido cerca de su casa, fiel a su espíritu de terciaria franciscana.

En peregrinación a Compostela

Con motivo de sus bodas de plata matrimoniales (1341), Brígida y su esposo Ulf decidieron celebrar esta fecha con toda solemnidad y para ello nada mejor que hacer una peregrinación a Santiago de Compostela (España), peregrinación, por otra parte, no era nada novedosa, pues en la familia constituía una tradición ya adquirida. La iniciaron a principios de junio de 1341, y caminaron de santuario en santuario, visitando cuantos pudieron encontrar en el camino, especialmente los de Renania, los de Provenza y los de España hasta llegar finalmente a Galicia, al sepulcro del apóstol Santiago. [...] Esta peregrinación a Compostela para Santa Brígida tuvo una importancia excepcional, pues marcó un hito en su vida. Ya que, después de esta peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, Brígida decidió dar una respuesta incondicional a la llamada de Dios a la santidad, haciendo voto de castidad junto con su marido con la intención de fundar un convento donde pudieran retirarse y vivir entregados a la oración y a la contemplación. Pero su marido murió en 1344, y entonces, Brígida abandonó su casa, entregó a los pobres todos sus bienes y se fue a vivir cerca del monasterio cisterciense de Alvastra, donde ya se había retirado poco antes su marido y donde había muerto. Allí comenzó a tener revelaciones de Cristo y de la Virgen María, que ella iba escribiendo en sueco y que, luego, sus confesores y consejeros, traducían al latín, cuyo texto ella misma revisaba.

Fundación del Convento de Vadstena

En 1346, comenzó a ocuparse del más íntimo anhelo de sus aspiraciones espirituales: la construcción del convento de Vadstena (Suecia) para 25 hombres y 60 mujeres, un total de 85 personas, que representaban a los 12 apóstoles, a los 72 discípulos y al apóstol San Pablo. Vivirían en edificios separados, por supuesto, pero con una única iglesia para orar juntos, regidos por una misma abadesa, que reflejara la maternidad de la Virgen María y orientados por la regla de San Agustín.

Así y allí nacía la orden del Salvador, cuya espiritualidad mariana, que Brígida inculcó a sus hijas, componiendo ella misma himnos y lecturas para recitar en el oficio mariano cada día, tuvo una gran difusión en los siglos siguientes, sobre todo, en el Norte de Europa. Pero como no acababa de recibir el reconocimiento papal para su fundación, la Orden del Salvador, Brígida decidió ir a Roma (1349), aprovechando la convocatoria del jubileo de 1350, hecha por el papa Clemente VI desde Aviñón mediante la bula Unigenitus Dei Filius que se publicó en agosto de 1349. Sólo en 1370, después de muchas correcciones sobre la pobreza común en el monasterio, el papa Urbano V aprobó la Regula Salvatoris, que ella decía que había recibido por revelación, mientras que la aprobación del monasterio mixto sólo llegó, cinco años después de su muerte, en 1378, cuando su hija Catalina era la abadesa del monasterio. Pero estos contratiempos no mermaron en ningún momento su convicción de que estaba realizando la voluntad de Dios ni la esperanza de que su obra saldría adelante, a pesar de los fracasos y de los obstáculos encontrados en el camino.

Las revelaciones de Santa Brígida

Santa Brígida de Suecia se sintió inspirada por Cristo y por la Virgen, que le hablaban y ella, por escrito o de palabra, expresaba lo que le iban diciendo. Después, los confesores y secretarios recogían sus escritos y sus palabras y las traducían del sueco antiguo al latín. De ahí que no sea posible precisar, en este trasiego, hasta que punto las Revelaciones reproducen con exactitud las palabras inspiradas a la vidente. Es más, dada la índole polémica de muchas de ellas y el contenido puramente teológico de otras, se puede suponer que sus confesores modificaron el texto para limar expresiones demasiado fuertes o para corregir imprecisiones teológicas.

De todas formas, las Revelaciones fueron recogidas en ocho libros (más un noveno en el que se recogen otras revelaciones que no habían sido incorporadas a los primeros) y están divididas en cuatro ciclos: el sueco entre 1344-13/119; el romano entre 1350-1363; el de las peregrinaciones a diversos santuarios de Italia entre 1364-1370, y el de Tierra Santa entre 1372-1373. Entre otras cosas, Brígida, a través de sus Revelaciones, transmite las órdenes recibidas de Dios para remediar las diversas miserias de la vida cortesana y para reformar el estado religioso y el desorden de la Iglesia y deja en ellas una espiritualidad marcada por los acontecimientos políticos y religiosos de su época, que refleja el ardor de un alma que se sabe instrumento en la mano de Dios para realizar una renovación espiritual en la Iglesia de su tiempo.

Además, las Revelaciones reflejan la fuerte personalidad de una santa que, por su carácter dinámico y práctico, supo conjugar perfectamente contemplación y acción, ser Marta y María al mismo tiempo. Y de esta unión le nació la perseverancia y la severidad de su mensaje, que, como trompeta sonora, clamaba pidiendo la «reforma de la cabeza y de los miembros de la Iglesia». que, por otra parte, era el clamor que se había levantado por doquier. Su mística, tan mariana como cristocéntrica, le llevó a la profunda convicción de que sólo los sufrimientos, que Dios le había reservado o significado a través de las vicisitudes exteriores, eran el medio para llevarla a la unión con Dios. Esta comprensión del sufrimiento la presentó de todo sentimentalismo y le ayudó a adquirir un fuerte sentido realista, que determinó todo su dinamismo interior. Las visiones que recibió en éxtasis reflejan también la misma nota personal y realista que se traduce en imágenes naturalistas, a menudo drásticas y altamente dramáticas, En especial sus visiones de Cristo en la Cruz y de la Dolorosa se consideran como obras maestras de la literatura sueca antigua.

Rafael del Olmo, O.S.A.

